

El cuento de la menstruación / *The Tale Of Menstruation**

Caperucita Roja y el lobo feroz, grabado de Gustave Doré, 1862.

[FIGURAS REVISTA ACADÉMICA DE INVESTIGACIÓN](#)

ISSN 2683-2917

Vol. 2, núm. 3, julio-octubre 2021

<https://doi.org/10.22201/fesa.figuras.2021.2.3>



Esta obra está bajo una licencia
Creative Commons Atribución-NoComercial-
CompartirIgual 4.0 Internacional

<https://doi.org/10.22201/fesa.figuras.2021.2.3.163>

Azucena Garza

*¿Cómo se habla de la menstruación?
¿Y cómo la leemos, nosotras,
en el cuerpo propio? Este ensayo
pasea por las advertencias
de una madre a su hija, por el dolor
agudo y la experiencia del tiempo
en un cuerpo que menstrúa.*

*How is menstruation discussed?
And how do we, females, read it
in our own body? This essay walks
through the warnings of a mother
to her daughter, by the sharp pain
and the experience of time
in a menstruating body.*

* Traducción de Marcela Santos. Licenciada en Lengua y Literaturas Hispánicas por la UNAM. Sus textos han aparecido en revistas como *Tierra Adentro* y *Punto en Línea*. Su primer libro, *Sol de Monterrey*, será publicado por Dharma Books / Translation by Marcela Santos. She holds a bachelor's in Hispanic Language and Literature from UNAM. Her texts have appeared in magazines such as *Tierra Adentro* and *Punto en Línea*. Her first book, *Sol de Monterrey*, will be published by Dharma Books.

¡Peligro!

Debió ser una noche de julio, porque eligió el porche para intimar y recuerdo bien el canto de las cigarras. Me sentó en el escalón de piedra, se acomodó a mi lado y en una libreta *Scribe*, con pluma negra, dibujó ágilmente el aparato genital femenino. Su mano delgada subía y bajaba con rapidez, nombraba y señalizaba con flechas. Ilustraba su propia voz. He olvidado lo que dijo, cómo me enseñó, si omitió información o si dio la clase completa, como haría una maestra, gis en mano, frente al pizarrón. No sé si hice preguntas. El recuerdo se convirtió en una imagen vívida de nosotras, en el porche, una noche de verano; en ella dibujando.

“La charla” es aquella conversación en la que una mujer de confianza te advierte, por amor, por preocupación, de lo que te espera: “Hija, esto te puede pasar de ahora en adelante. Cuando suceda, no quiero que te asustes. Es normal”. A mí me la dieron a los ocho años, en 2003, el año que comencé a cursar segundo de primaria, el año que vi *Buscando a Nemo* tres veces en el cine. Qué impactante es la conversación en la que nos explican, por primera vez, que nuestro cuerpo tiene la capacidad de engendrar. Es una advertencia, no una plática educativa, porque atiende un desastre inminente: el miedo infantil que podría paralizarnos cuando veamos sangre en nuestros calzones. La charla nos prepara y nos tranquiliza. Bajo ese manto viene envuelta, con disimulo, una advertencia peor: la posibilidad de la violación.

(En esta conversación se alienta ampliamente el uso de la palabra *menstruación*. De ahí su uso irá en picada o vendrá acompañado por risas o miradas de incomodidad).

¿Cómo se habla de la menstruación? ¿Qué sentido tiene el discurso sobre la regla? O mejora aún, ¿a qué literatura nos remite la tierna escena de una niña que atiende, ávida de enseñanzas, dispuesta a ser precavi-

Danger!

It must have been an evening in July, because she chose the porch to have a conversation and I distinctly remember the song of the cicadas. She sat me on the stone steps, cuddled up to my side and, on a Scribe lined notebook, nimbly traced the contours of the female reproductive system. Her slender hand went up and down with ease — she named and tagged, drawing arrows. She was illustrating her own voice. I have forgotten what she taught me, if she omitted facts or if she imparted a thorough lesson, as a teacher would, with chalk in hand in front of a whiteboard. I don't recall asking questions. The memory transformed into a vivid image of both of us, sitting on the porch on a summer night; it turned into her, drawing.

“The Talk” is that conversation in which a woman that you trust warns you out of love, out of concern, about what is to come. Honey, this might happen sooner rather than later. When it happens, do not fear—I do not want you to. It's normal. I got “The Talk” when I was eight years old back in 2003, the year in which I started my second year of elementary school. It was also the year that I watched *Finding Nemo* three times in a row at the movie theatre. The conversation in which we learn, for the first time, that our body holds the ability to give birth is simply shocking. It's a warning, not a lecture— it tends to an imminent disaster: the paralyzing sight of finding blood on our underwear as children. This talk prepares us and calms our nerves. However, beneath its mantle, it hides the utmost warning: the possibility of rape.

(The use of the word menstruation is widely encouraged in this conversation. Hence its use will plummet or be accompanied by laughter or looks of discomfort).

What conversations are being held around menstruation? What is the sense of these treatises on periods? Or, even better: what kind of literature echoes the tender

da, las palabras de su madre? Los padres leen cuentos a sus hijos con la misma intención con la que mi mamá me llevó al pórtico ese día.

Visitemos un ejemplo. “Caperucita roja” y “Barba Azul” cobran un distintivo valor moral en la fina versión de Charles Perrault y los Grimm, las más conocidas, porque los personajes son necios, cometen errores y enfrentan un terrible destino. Aprender de sus equivocaciones, asimilar la diferencia entre un bien y un mal, nos encamina hacia la moraleja. Recuerdo vagamente a mi maestro de español, en preparatoria, explicándonos con una sonrisa ancha que Caperucita Roja es roja por la sangre menstrual; que el lobo es un violador; que el cuento se escribió para advertir a las niñas de los hombres malvados. El cuento es sexual, remató. Escuchamos su interpretación, la misma de Erich Fromm, con aprensión. Hay moraleja sólo por el intercambio entre un adulto con autoridad y un oído joven y maleable.

En su ensayo “El significado de Mamá Oca”, el historiador Robert Darnton desmintió con tranquilidad a mi impetuoso profesor de literatura. Apuntó que los cuentos no pueden leerse como textos atemporales, pues son documentos históricos: los que a él le interesan vienen de generaciones que los han contado alrededor de las chimeneas, en casas o en caminos abiertos, de la tradición oral: los originales cuentos campesinos (*folk tales*). No siempre estaban dirigidos a los niños; siempre estaban atados a la vida cotidiana del siglo XVII, tienen un fuerte sabor francés. Darnton asegura que en las 35 versiones registradas que tiene de Caperucita Roja, al final la niña es devorada por el lobo. Pero en el cuento campesino, a diferencia de las versiones predominantes, Caperucita no ha cometido ningún error. Ni siquiera usaba una caperuza roja. Cayó en las garras de un mundo arbitrario e impredecible. El cuento campesino no tiene moraleja, porque la niña no hubiera podido hacer nada para evitar su muerte.

scene of a young girl who, eager for teachings, ready to be cautious, listens to her mother's words? Parents read stories to their children with the same intention with which my mother took me to the porch that day.

Let us consider an example. *Little Red Riding Hood* and *Bluebeard* take on a distinctive moral value in the refined versions of Charles Perrault and the Brothers Grimm, which are widely known for their stubborn, wrongful characters and the terrible destinies they face. Learning from our mistakes and assimilating the difference between right and wrong lead us toward the moral of the story. I vaguely remember my Spanish high school teacher revealing with a broad grin that Red Riding Hood is red because of menstrual blood, that the Big Bad Wolf is a rapist, and that the story was written in order to alert little girls against evil men. It's a sexual tale, he concluded. We listened to his interpretation, the same reading supported by Erich Fromm, with genuine qualm. The moral of the story exists only due to an exchange between an adult with authority, and a young, malleable ear.

In his essay *Peasants Tell Tales: The Meaning of Mother Goose*, the historian Robert Darnton calmly refuted my impetuous literature professor. He pointed out that stories cannot be read as timeless texts, since they are historical documents. Those which interest him were originated on the oral versions told around chimneys, in houses or on open roads: the original folk tales. They were not always meant for children, although they were tied to daily life in the 17th century, and were imbued with a strong French taste. Darnton affirms that in the 35 recorded versions that he has of *The Little Red Riding Hood*, the little girl is devoured by the wolf in the end. But in the peasant tale, unlike the prevailing versions, *Little Red Riding Hood* has made no mistakes. She was not even wearing a red hood. She simply fell into the clutches of an arbitrary and unpredictable world. The original

Sin embargo, contiene todavía una advertencia: así es el mundo. Buena suerte.

El tiempo

Cuando escuchamos la palabra “ciclo”, ¿qué nos viene a la mente?

* * *

La perfección. El círculo. La repetición, tal vez. Confieso que, por una exitosa lección de geografía básica, mi mente vuelve al ciclo del agua. Cierro los ojos y ahora me esfuerzo por trazar, en mi cabeza, la estampa panorámica de nubes embarazadas, la precipitación, montañas, tierra húmeda y negrísima, la filtración, el océano, la condensación y la vuelta al cielo. Paso a paso el agua gira. El agua purifica. Es una clase muy placentera, la del ciclo del agua, porque nos remite a la pureza. En cambio, el ciclo menstrual sugiere suciedad, hinchazón de la mala, contaminación. Conocemos de sobra el estigma. Quisiera andar por una vereda menos transitada: el tiempo.

La repetición, pero sobre todo
la atención que deposita en ella
–el pensamiento– detona
el chispazo de humanidad.
No es, pues, el cuerpo humano
lo que la hace persona: es la razón.

Cómo pasa y se detiene, cómo nos pone los pelos de punta o acelera los latidos del corazón. El tiempo. En el famoso cuento de Angela Carter, *Wolf-Alice*, una niña criada por lobos menstruó por primera vez y eso alborota su humanidad. Como las bestias, narró Carter, la niña solía vivir sólo en el presente, era incapaz de pensar en los días venideros. Cuando des-

peasant tale has no moral, because the girl could not have done anything to prevent her death.

Nevertheless, a warning is still present: such is the way of the world. Good riddance.

Time

What comes to mind when we are faced with the word “cycle”?

* * *

Perfection. Circles. Repetition, perhaps. I confess that, thanks to a successful basic geography lesson, my mind wanders toward the water cycle. I close my eyes and make an effort to trace, in my head, the panoramic picture formed by pregnant clouds, precipitation, mountains, humid and very black earth, seepage, ocean, condensation and a turn of the sky. Water cycles, step by step. Water purifies. The water cycle is a very pleasant lesson because it reminds us of purity. Instead, the menstrual cycle suggests dirt, bad bloating, pollution. We are well aware of the stigma. Now, I would like to walk along a path less travelled: time.

The repetition, but above all
the attention she places
on repetition — on thought,
detonates the spark of humanity.
So it is not the human body that makes
a person: it is reason.

The way it passes and stops, how it makes our hair stand on end or makes our heart beat faster. Time. In Angela Carter's famous tale, *Wolf-Alice*, a girl raised by wolves menstruates for the first time and that

cubre la sangre que emana de su entrepierna, y ésta fluye y fluye y fluye, día tras día, el tiempo es infinito. Cuando el flujo cesa, se ausenta, vuelve y se reanuda el ciclo, la niña salvaje desarrolla la noción temporal, pues ha caído en cuenta de que en su interior hay un reloj vivo. La repetición, pero sobre todo la atención que ella deposita en la repetición –el pensamiento– detona el chispazo de humanidad. No es, pues, el cuerpo humano lo que la hace persona: es la razón.

El espejo del baño es una ventana cotidiana para leer el lento paso del tiempo. Al trajín de los días, a vistazos, ¿cuántas veces en mi vida he pensado que *ya necesito un corte de pelo*? Imagino a las mujeres de mi vida arrancándose canas, cuidadosas; me imagino a mí frente al reflejo polvoso, en diez años, contemplando nuevas arrugas. Un día, no muy lejano, mi visión habrá empeorado y visitaré al oftalmólogo. Son pistas maravillosas de que moriré, de que somos y perecemos. Con ese entendido nos enseñan de la menstruación y la menopausia. La trillada flor en plenitud, caída y marchita (los años acumulados), dictan una experiencia vital imperdible.

¿Qué nos dice del cuerpo, de la forma
en la que éste anda por la vida?
El tiempo es la experiencia del tiempo.

¡Qué aburrimiento! Menstruar (y no hacerlo) más bien ofrece una lectura carnal, caliente, húmeda. Esta lectura corporal, secreta, sólo la conozco yo. Más que la sangre y el dolor punzante, importa el sentimiento. La angustia cuando no hemos menstruado, el alivio cuando lo hacemos, ¿dónde cabe esa medida de tiempo? Un par de semanas impuntuales, en el calendario de retraso, pueden pasar como dos meses. *Period*. O no hay punto, y esa larga ausencia de súbito se convierte en el parteaguas con el que mediremos nuestra vida, el nacimiento del primer hijo. O cuando una baja mucho de peso, cuando está desnutrida o

exults her humanity. Like beasts, Carter recounted, the girl used to live only in the present, she was unable to think of the days to come. When she discovers the blood emanating from her groin, and it flows and flows and flows, day after day, time is infinite. When the flow ceases, is absent, and returns, the cycle is resumed. The wild girl develops the notion of time, because she has realized that there is a living clock inside her. The repetition, but above all the attention she places on repetition — on thought, detonates the spark of humanity. So it is not the human body that makes a person: it is reason.

The bathroom mirror is a commonplace window to read the slow passage of time. In the rush of days, at just a quick glance, how many times in my life have I wondered if I need a haircut? I imagine the women in my life tugging away at their grey hair, carefully; I imagine myself in ten years, in front of the dusty reflection, contemplating fresh wrinkles. One day, not too far away, my vision will have worsened and I will have to visit the ophthalmologist. These are all wonderful clues that tell me I will die, that we *are*, and that we will perish. We are taught about menstruation and menopause with this in mind. The trite flower in fullness, fallen and withered (the accumulated years), dictates a vital experience that is not to be missed.

What does the body tell us
about the way it moves along life?
Time is the experience of time.

What a bore! Menstruating (and not) also inspires a rather different interpretation: a carnal, sultry damp. This secret reading of the body is known only by me. Feeling matters more than blood and stabbing pain. The anguish when we have not menstruated, the relief when we do, where does that conception of time fit? A late couple of weeks, on the period schedule can seem as long as two months. *Period*. Or there is no

herida o traumatizada, el punto desaparece y se rehúsa a regresar. Meses, años pueden pasar sin que haya menstruación cuando hemos enfermado. Esa magnífica separación en protesta, ¿qué nos dice del cuerpo, de la forma en la que éste anda por la vida? El tiempo es la experiencia del tiempo.

El dolor, el desprendimiento interno,
son exigentes llamadas de atención;
no podría pensar en otra cosa que
no fuera mi cuerpo ... el dolor exige que
pare toda actividad, que me haga ovillo
y que ahora sí me reencuentre,
pero con dios, para rezarle
que aminore el sufrimiento.

Cómo ignorar

Mentiría si dijera que pienso en la menstruación. Menstruar es, para mí, muy similar a tener un resfriado común: inconveniente y molesto. Tampoco le dedico más pensamiento que a cepillarme los dientes o lavarme la cara. No me reencontré con la menstruación, como hicieron otras mujeres en colectivas feministas; no pienso que estemos obligadas a “hacer las paces” con menstruar. Para algunas es indeseable hacerlo, para otras es simplemente un añadido de estar vivas. Cuando me senté a escribir, mis dedos se quedaron suspendidos sobre el teclado y vacilé. ¿Qué puedo decir yo de la menstruación? Menstrúo. También bebo varios vasos de agua al día.

No siempre fue así. La mirada de reojo que le echo a mi menstruación es el resultado de haber descubierto el ketorolaco inyectable y el sublingual. Al primer aviso que me avienta el cuerpo, me empastillo. De otro modo seguirán dos días de agonía. Y el dolor, el desprendimiento interno, son exigentes llamadas de atención; no podría pensar en otra cosa que no fuera

point, and that long absence suddenly becomes the milestone with which we will measure our life, the birth of the first child. Or when you lose an important amount of weight, when you are malnourished or injured or traumatized, the point disappears and refuses to return. Months and years can go by without menstruation when we fall prey to disease. That magnificent separation in protest —what does it tell us about the body, the way it moves along life? Time is the experience of time.

The pain, the internal detachment,
is demanding my attention; I can't think
of anything other than my body ...
the pain commands that I stop all
activity. It demands that I curl up
and actually come to terms now,
but with God, so that he might ease
my suffering.

How to ignore

I would be lying if I say that I often think about menstruation. Menstruating, to me, is quite similar to the onset of a cold: tiresome and inconvenient. I pay no more mind to it than to brushing my teeth or washing my face. I did not come to terms with menstruation like many other women in feminist collectives have: I do not think that we're obligated to “make peace” with our periods. For some women it is undesirable to do so, for others it is just another part of life. When I sat down to write this essay, my fingers lingered for a moment over the keyboard, hovering. What can I say about menstruation? I menstruate. I also drink several cups of water a day.

It was not always like this. The passing glance I take at my menstruation is the result of discovering injectable and sublingual ketorolac. At the first warning

mi cuerpo. En el trabajo, en la escuela, en la casa o en la calle, el dolor exige que pare toda actividad, que me haga ovillo y que ahora sí me reencuentre, pero con dios, para rezarle que aminore el sufrimiento. Quisiera exagerar.

Escribí en el margen de la hoja de mi compañero de banca. Estábamos a mitad de una clase sobre la Revolución mexicana. Le pedí que saliera del salón y de la universidad, que cruzara al súper y me comprara inyectables. Salió sin decir palabra y volvió diez minutos después. Enrollé la bolsa blanca en mi brazo y me inyecté sola, en el baño, antes de volver para dar una presentación. Años después, cuando le conté esta anécdota a una amiga, ella me felicitó. —¡Eres bien punk! —dijo. Sonreí con orgullo. La menstruación me preparó para otros grandes dolores. En 2015, cuando me internaron de emergencia, el médico se sorprendió de que hubiera durado tanto tiempo fuera del hospital y afirmó que tenía un “buen umbral de dolor”. Lo dijo como cumplido y de nuevo me enorgullecí. La verdad es que nadie debería ser internada por emergencia.

Medicarse cada mes es una decisión. Amigas rechazan las medicinas y optan por soluciones naturales, menos efectivas, que no quitan las noches sin sueño, de revolverse entre las sábanas en silencio adolorido. La medicina, para mí, no es sólo una oportunidad de cortar el sufrimiento. Por ella olvido que estoy menstruando. Por ella me muevo libremente, hago mis actividades como haría cualquier otro día, y no me siento en desventaja. La madrugada del día que hice el examen de ingreso a la universidad, desperté por el dolor intenso. Me mediqué. Cuando hice mi examen profesional, hace una semana, el ciclo se cerró y volví a medicarme. Esos momentos decisivos, a los que se les suma la dificultad de padecer el dolor en secreto, a solas, son el pan de cada mes. Se convierten en experiencias que nos contamos unas a otras para poblar este mundo solitario.

that my body throws at me, I take pills. Otherwise, two days of agony will follow. And the pain, the internal detachment, is demanding my attention; I can't think of anything other than my body. At work, at school, at home or out on the street, the pain commands that I stop all activity. It demands that I curl up and actually come to terms now, but with God, so that he might ease my suffering. I wish I was exaggerating.

I wrote in the margin of my schoolmate's notebook. We were in the middle of a class on the Mexican Revolution. I asked him to leave the classroom and the university, go across the street to the supermarket, and buy injections for me. He left without saying a word and returned ten minutes later. I rolled the white bag around my arm and injected myself, in the bathroom, before returning for a presentation. Years later, when I recounted this story to a friend, she congratulated me. ¡Eres bien punk! She said. I smiled proudly. Menstruation prepared me for other great pains. In 2015, when I was admitted to the emergency room, the doctor was surprised that I had lasted so long outside the hospital and stated that I had a “considerable pain threshold”. He said it as a compliment, and again I was proud. The truth is that no one should be admitted as an emergency due to menstrual pain.

Taking medicines each month is a choice. I have friends who reject all medicines and opt for natural solutions, which are less effective: they do not quell sleepless nights of moving around in the sheets in aching silence. To me, medicine is not just an opportunity to stop suffering. With it, I forget that I'm on my period. Thanks to it I can move freely, get on with my daily activities as I would do on any given day without feeling that I'm at a disadvantage. In the early hours of the day I took my university entrance exam, I woke up in excruciating pain. I medicated. Last week, when I presented my professional dissertation, the cycle came to an end and I went back to medicating. Those decisive moments, with the added

El cuento de la menstruación

Cuando mi tía empezó a salir con un hombre, a los diecisiete años, pensaba que podía quedar embarazada por el roce de sus manos, por abrazos rápidos o besos de piquito. Me dejó pasmada cuando me lo contó, no por la información, sino porque lo dijo con nostalgia. A sus ojos, que las niñas sepan cómo ocurre el embarazo, lo que es el sexo, es vergonzoso. La ignorancia es un síntoma del valor católico de la castidad; la ingenuidad es una excelente carta de presentación de su pureza. Hincarle el diente al conocimiento es un pecado. Por nuestras obvias diferencias, no le pregunté, pero ahora quisiera haberlo hecho, qué pensaba entonces que era su menstruación.

La ignorancia es un síntoma del valor católico de la castidad; la ingenuidad es una excelente carta de presentación de su pureza. Hincarle el diente al conocimiento es un pecado.

¿Qué les dicen a las niñas cuando el ciclo se repite, cada mes, y se incorpora a sus vidas, si no les explican cómo opera su cuerpo? ¿Si se rehúsan a hablarles de sexo? Ahora la duda me carcome. Quiero conocer los relatos que hay sobre la menstruación. Las mentiras. Las mitologías. Sobre todo, entender la normalidad feliz con la que esa niña aceptaría, al fin, la sangre.—

hardship of going through the pain in secret, alone, shape an inseparable part of my life. They become experiences that women tell each other to inhabit this lonely world.

The tale of menstruation

When my aunt started dating a man at seventeen, she thought she could get pregnant from the touch of his hands, from quick hugs or tender pecks. This blew me away not because of what she told me, but because she said it so wistfully. In her eyes, it is shameful for girls to know how pregnancy takes place and what sex is. Ignorance is a symptom of the Catholic value of chastity; naivety is an excellent cover letter for your purity. Sinking your teeth into knowledge is a sin. Because of our obvious differences, I could not ask her what she thought about her own menstruation, but now I wish I had.

Ignorance is a symptom of the Catholic value of chastity; naivety is an excellent cover letter for your purity. Sinking your teeth into knowledge is a sin.

What do we tell girls when the cycle once again kicks off every month if they are clueless to how their body operates? If we refuse to talk about sex? Doubt eats away at me now. I want to know all the stories there are about menstruation. The lies. The mythologies. Above all, I would like to understand the cheerful normalcy with which that girl would finally accept the blood.—